

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario dio la vuelta a lo de Michoacán y llegó a Valladolid, y de allí pasó a Acámbaro”

p. 154-157

Antonio de Ciudad Real

*Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes*

*Tomo II*

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156\\_02/tratado\\_curioso.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

en el capítulo, y después a México y a la Puebla de los Ángeles, y no dejó de seguirle y acompañarle hasta que, como a su tiempo se verá, le vio sacar de aquella cibdad de la Puebla, por mandado del virrey, para embarcarlo para España; porque entonces (con otros muchos) le dejó y se volvió a Michoacán para desde allí irse a su custodia.

Sábado siete de marzo salió el padre comisario tan de madrugada de Tlaxomulco, que andadas aquellas cuatro leguas, llegó a decir misa poco después de salir el sol al convento de Guadalajara; fue muy bien recibido, y luego otro día predicó en la catedral de aquella cibdad. Detúvose en aquel convento hasta el miércoles siguiente, y desde allí despachó a la custodia de Zacatecas las patentes que le habían venido de España, las cuales fueron en ella recibidas y obedecidas, y porque no eran más de tres conventos los que le restaban de visitar, y el capítulo se había de celebrar a los diez y nueve de abril, en el uno dellos, pareciéndole que habría tiempo para todo, determinó ir a tener la semana santa y la pascua en el de Valladolid o Guayangareo, y después de pascua visitar aquellos tres, y así se partió para allá, como se verá presto, aunque no le sucedió como pensaba por negocios que se le ofrecieron, ni tuvo allí la semana santa, pero la pascua sí.

#### [CAPÍTULO XXII]

##### *De cómo el padre comisario dio la vuelta a lo de Michoacán y llegó a Valladolid, y de allí pasó a Acámbaro*

Jueves doce de marzo salió el padre comisario de Guadalajara, poco antes del día, y por el mismo camino que había llevado, andadas aquellas cuatro leguas, con un frío muy recio y penoso, llegó a decir misa al convento de Tlaxomulco, donde fue muy bien recibido y se detuvo todo aquel día.

Viernes trece de marzo partió de madrugada de Tlaxomulco, camino de Tzacualco, y dejando el camino derecho que había traído ocho días antes, tomó, por excusar las dos malas cuestas, otro llano, aunque de rodeo; y andadas tres leguas llegó, ya el sol salido, a un pueblo pequeño, llamado Acatlán, de la guardianía de Tzacualco. Pasó de largo, y pasado allí junto un arroyo y después unas dehesas en que había mucho ganado mayor y algunas lagunillas, en las cuales se crían muchos patos, llegó, andadas cuatro leguas, al mismo pueblo y convento de Tzacualco, donde fue recibido de los indios con una danza y muchos arcos y ramadas, pues-

tos en ellas muchos gallardetes de paños curiosos, labrados a su modo, y con tanta fiesta y regocijo, como si fuera aquella la primera vez que entrara en su pueblo; ofreciéronle melones, panales, ají o chile verde, y detúvose allí hasta la tarde.

Aquel mismo día, en la tarde, salió de Tzacualco con un sol recísimo y andadas dos leguas de camino llano, llegó a un pueblo pequeño de aquella guardianía, llamado Cacalotlán, donde los pocos indios que en él había le salieron a recibir. Pasó adelante, y andadas otras dos leguas de camino llano y por unas ciénagas secas, llegó ya de noche al pueblo y convento de Teucuitlatlán, donde fue bien recibido y le ofrecieron los indios panales y melones y pescado, y descansó aquella noche; padeció el padre comisario aquella tarde muy gran calor y tragó mucho humo, porque en saliendo de Tzacualco halló el camino atajado y tomados los pasos, con el fuego que habían pegado, de tal manera que tuvo necesidad de rodear un buen trecho, y dejando el camino ir por las sabanas y dehesas.

Sábado catorce de marzo salió de madrugada de Teucuitlatlán, y andadas siete leguas de cuesta arriba, llegó, después de mediodía, al pueblo de Matzamtlan, donde halló toda la gente junta y se le hizo mucha caridad; detúvose allí todo aquel día.

Domingo de pasión, quince de marzo, dijo misa en Matzamtlan, muy de mañana, uno de los campañeros; oyóla el padre comisario con los demás frailes y todos los indios del pueblo, y luego partió de allí la vía de Xiquilpa, a donde llegó con mucho sol y muy cansado, andadas aquellas seis leguas de cuesta abajo; fue muy bien recibido, así de los frailes y de muchos españoles que allí se hallaron, como de los indios, los cuales tenían hechos muchos arcos y ramadas, y puestas en ellas muchas banderillas como los de Tzacualco; acudieron después con sus ofrendas de pan de Castilla, huevos, plátanos y miel. Allí halló el padre comisario a fray Francisco Séllez que venía de México con el duplicado de las patentes y con el decreto de la Audiencia cerca de ellas, como atrás queda dicho, y con otras cartas y recados de España de los prelados superiores; llevósele en su compañía hasta Valladolid, y desde allí le despachó otra vez a México a cobrar otros recados.

Lunes diez y seis de marzo partió el padre comisario de Xiquilpa, y andadas tres leguas llegó al pueblo de los augustinos llamado Xaripu; pasó de largo, y andadas las otras tres leguas, llegó al pueblo y convento de Tarécuato donde fue bien recibido y se detuvo todo aquel día.

De Tarécuato partió el padre comisario martes diez y siete de marzo, de madrugada, y andadas aquellas tres leguas y media llegó al pueblo de Patamba muy de mañana. Pasó de largo, y andada otra legua llegó a

otro llamado Ucumicho, ambos de la guardianía de Tarécuato. Pasó también de largo y andadas otras dos leguas, la legua y media de mal camino, llegó a otro pueblo pequeño visita de clérigos llamado Zapitzi-rapo, por junto al cual corre un arroyuelo de poca agua. Pasó asimesmo de largo, y andada una legua de buen camino con un sol muy recio y una terrible polvareda, llegó a otro pueblo llamado Tanaco de la guardianía de Tzacapo; no halló en él ningún indio porque por no estar avisados de su ida eran idos a sus milpas, pero acudieron luego algunos y diéronle de comer de lo que pudieron de presto hallar, que fueron huevos y pan de Castilla.

El mismo día después de comer, viendo que allí no había recado de dormir y que hacía mucho frío, de noche salió el padre comisario de Tanaco, y andadas cuatro leguas de camino razonable, llegó puesto ya el sol, antes que anocheciese, al pueblo llamado Sivina o Sabina, visita de clérigos, donde halló peor recado que en Tanaco, porque aunque se había dado aviso a los indios ninguno de los mandadores pareció, porque (según después se dijo) habían cargado, como dicen, muy delantero, y mandaba ya otro en casa; proveyó nuestro Señor de remedio que unos españoles pasajeros enviaron pan y un poco de vino con que se remedió aquella necesidad, hízose lumbre en la chimenea del aposento del clérigo, y tendidas cerca del fuego unas tablas sirvieron de cama, y allí durmió el padre comisario y los demás hasta las dos de la mañana.

Miércoles diez y ocho de marzo salió de Sivina a las tres de la mañana, y andadas dos leguas llegó antes que fuese de día al pueblo y convento de Pechátaro; descansó un poco en la portería, y cuando ya amanecía tornó a su camino, y andada una larga legua de cuesta abajo, llegó a un pueblo pequeño, visita de clérigos, llamado Axuno. Pasó de largo y andadas dos leguas, también de cuesta abajo, entre llanos, llegó al pueblo y convento de Pátzcuaro donde se detuvo todo aquel día y el siguiente. Estando en aquel convento recibió ciertas cartas y tuvo algunos avisos en que le hacían saber que convenía en todo caso que fuese a Acámbaro, a cosas de su oficio, y que era necesaria allá su presencia, y así determinó pasar allá, porque le parecieron justas las causas y razones que había para ello.

Viernes veinte de marzo salió el padre comisario, poco de madrugada, de Pátzcuaro, y andadas aquellas siete leguas llegó a las once del día muy fatigado al convento de Valladolid, donde pensaba tener la semana santa, como atrás queda dicho, y predicar a los españoles; pero por la razón arriba dicha no se hizo así, y así pasó a Acámbaro.

Sábado de ramos, veintiuno de marzo, habiendo despachado para México a fray Francisco Séllez, y con él por su campañero a un fray Juan Domínguez, lego, hijo de la provincia del Santo Evangelio, salió el padre comisario de madrugada de Valladolid, y andadas aquellas tres leguas y media, en que se pasan tres arroyos, llegó poco después de salido el sol al pueblo de Hindaparapeo; pasó de largo, y andadas las otras tres y media en que se pasan cinco o seis arroyos, llegó muy cansado y quebrantado al convento de Tzinapícuaro, donde fue muy bien recibido y descansó hasta la tarde. El mismo sábado en la tarde partió de allí, y andadas tres leguas (dejando a la una y media un poblecito llamado Santa Clara) llegó puesto ya el sol al pueblo y convento de Acámbaro, donde fue asimismo muy bien recibido; y se detuvo hasta el viernes santo en la tarde.

Estando el padre comisario general en Acámbaro, envió recados bastantes a dos frailes de la custodia de Zacatecas para que fuesen a la provincia de Chiametla y villa de San Sebastián, que es en la Nueva Vizcaya, adelante, y no lejos del convento de Acaponeta, como queda dicho, y apaciguasen ciertos indios que se habían alzado y rebelado, después de haber muerto a unos españoles sus encomenderos, con achaque y ocasión de que los trataban mal. Envió estos frailes a petición e instancia de la Audiencia real de Guadalajara, en cuya jurisdicción cae aquella tierra, porque con amor y buenas palabras y medios convenientes los redujesen, atento a que por guerra era trabajoso negocio y casi imposible, porque se habían subido a unas sierras y se les iban juntando chichimecas de guerra en su ayuda.

Asimesmo porque necesariamente se había de detener algunos días en Acámbaro en negocios forzosos y no podía ir en persona a visitar los conventos de Pirihuán y Tantzítaro, que eran los dos de los tres que no se habían visitado, envió su comisión para que los visitase el guardián de Tarécuato, fraile viejo, docto y religioso, y que muchas veces había sido difinidor en aquella provincia y en aquel capítulo salió por provincial. Éste los visitó y acudió con la visita a Uruapan. Lo que de aquellos dos conventos se supo, de frailes que habían morado en ellos, es lo que sigue.

### [CAPÍTULO XCIII]

#### *De los conventos de Pirihuán y Tantzítaro, y del valle de Pirihuán*

El convento de Tantzítaro; cuya vocación es de Santa Cruz, está acabado, con su iglesia, claustro, dormitorio y huerta; es todo de cal y canto y de